



GOBIERNO DE
MÉXICO

glifos

Revista trimestral del Centro INAH Campeche

Año 9

Número 36

Junio 2023



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INAH



gob.mx/cultura/inah



DIRECTORIO

Secretaria de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero

**Director General del Instituto Nacional
de Antropología e Historia**

Diego Prieto Hernández

Coordinador Nacional de Centros INAH

René Alvarado López

Consejo editorial

Luis Fernando Álvarez Aguilar

Iván Urdapilleta Caamal

Ana Patricia Figueroa Balam

Verenice Ramírez Rosado

Coordinación editorial

Verenice Ramírez Rosado

Marilyn Domínguez Turriza

Marco Antonio Salazar Gómez

Carolina Cervera Rosado

Antonio Benavides Castillo

Diseño Editorial

Gabriela Margarita Ceballos Jaramillo

Coordinadora Nacional de Difusión

Beatriz Quintanar Hinojosa

Directora del Centro INAH Campeche

Adriana Velázquez Morlet

Glifos, año 9, No. 36, Junio 2023, es una publicación trimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, Colonia Roma, C.P. 06700, Delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, www.inah.gob.mx, revista.glifos@inah.gob.mx Editor responsable: Adriana Velázquez Morlet. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No.: 04-2022-092110160600-102, ISSN: 2007-9451, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Responsable de la última actualización de este Número, Centro INAH Campeche, Gabriela Margarita Ceballos Jaramillo, Calle 59 #36 entre 14 y 16 col. Centro Histórico, C.P. 24000, Campeche, Campeche, fecha de última modificación, 28 de junio de 2023. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



ÍNDICE

4

Editorial

Adriana Velázquez Morlet

6

Los chicleros mayas de los Chenes, Campeche

Teresa Ramayo Lanz

12

Campamento chiclero y vida cotidiana en la empresa The Laguna Corporation 1890-1953 en la región de Laguna de Términos, Campeche

Claudio de Jesús Vadillo López

20

El chicle, la botánica y la arqueología en el sur del estado de Campeche

Alejandro Morón Ríos

28

Dependencia, extractivismo y crisis de la economía chiclera en 1890-1947

Ubaldo Dzib Can

36

De fronteras y puertas a la Montaña chiclera al sur de Yucatán

Gilberto Avilez Tax

44

Suplemento:

Campeche imaginada. Investigación y divulgación

Pedro Luengo Gutiérrez

EDITORIAL

Desde la época prehispánica, el chicle, la savia o látex del chicozapote (*Manilkara zapota*), fue parte de la vida cotidiana de los antiguos mayas; la resina era extraída en pequeñas cantidades para su uso, se empleaba en ofrendas para las deidades y ancestros, posiblemente para preparar fardos funerarios, así como para limpiar la dentadura, producir saliva y mitigar la sed, entre otros usos.

Los mayas fueron los primeros en masticar chicle y para ellos el árbol de chicozapote, el cha' o sikte', representaba el árbol de la sabiduría, árbol mujer, árbol madre al que la leche de la tierra le escurre por su tronco, y lo veneraban por brindarles su savia, alimento y sombra.

En los albores del siglo XIX, muchos fueron los campamentos chicleros que se establecieron en el estado de Campeche; el trabajo del chiclero era extenuante, se trabajaba de sol a sol, era un rudo encuentro con la naturaleza para extraer la savia del chicozapote.

Es por ello, que en esta edición de Glifos, hemos reunido los trabajos de un grupo de expertos en el estudio de los campamentos chicleros en la península de Yucatán; indus-

tria que tuvo su auge durante el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX; misma que vio poblados nacer y crecer, así como compañías foráneas llegar, exportar y retirarse de la región, dejando vívidos recuerdos en la memoria de los pueblos locales.

De la pluma de Teresa Ramayo Lanz presentamos, Los chicleros mayas de los Chenes, Campeche, artículo que relata los orígenes de los mayas cheneros, quienes pasaron de peones de hacienda a chicleros. Explica que la extracción del chicle, se incrementó a medida que iniciaba el siglo XX y que constituyó la actividad económica dominante en la península de Yucatán en ese período.

Posteriormente, Claudio Vadillo López presenta Campamento chiclero y vida cotidiana en la empresa The Laguna Corporation 1890-1953 en la región de Laguna de Términos, Campeche, el cual hace un recorrido por la historia de dicha compañía en la región, desde su llegada hasta su debacle, añadiendo una serie de testimoniales de quienes presenciaron y trabajaron la industria chiclera.

A continuación, Alejandro Morón Ríos presenta El chicle, la botánica y la arqueología en el sur del estado de Campeche, artículo donde hace un recorrido desde los usos prehispánicos de la resina del chicle, hasta la llegada de las compañías que trabajaban este producto, tales como The Laguna Corporation, Chicle Development Company y Mexican Exploitation Company. De igual manera, abunda en la exploración botánica y arqueológica de la región, la cual contribuyó al incremento del conocimiento de la vasta flora de la zona y de la antigua cultura maya.

Ubaldo Dizb Can comparte Dependencia, extractivismo y crisis de la economía chiclera en 1890-1947, donde hace un análisis de las contradicciones y limitaciones de la economía extractivista dependiente y frágil que, en sus palabras, ha ca-

racterizado la mayor parte de la historia económica de la entidad.

Por su parte, Gilberto Avilez Tax detalla en *De fronteras y puertas a la Montaña chiclera al sur de Yucatán*, una mirada al paisaje chiclero de la Villa de Peto, en Yucatán, donde mediante relatos y notas periodísticas, relata como aquellos que trabajaban el chicle dieron vida a los poblados que hoy en día se encuentran en el sur de Yucatán y que colindan con Quintana Roo, así como el día a día de estos esforzados trabajadores.

Finalmente, el suplemento de esta edición lleva por título *Campeche imaginada*. Investigación y divulgación, trabajo de Pedro Luengo Gutiérrez, quien se refiere a las demoliciones, restauraciones y resignificaciones que tuvo el complejo amurallado de la ciudad de Campeche puntualizando que, aunque la población local sigue interpretándolo solo como un mecanismo de defensa ante los piratas, en años recientes se han propuesto otras perspectivas más enriquecedoras.

En resumen, la chiclería fue una actividad tradicional y arraigada en la vida de las comunidades rurales de Campeche, Yucatán y Quintana

Roo; a pesar del enorme desgaste físico que representó para los chicleros, esta actividad proporcionó empleo a miles de personas, y representó una forma de sustento y desarrollo económico para las familias tanto de los encargados de recolectar la resina de chicle, como para los trabajadores de las plantas procesadoras. Tampoco hay que olvidar a las cocineras de los campamentos chicleros que, soportando el abrumador clima de la selva y el asedio de muchos, se las arreglaron para garantizar la subsistencia de los trabajadores, dejando huella en el nombre de poblados como La Moza o La Presumida, en los actuales Campeche y Quintana Roo.

La producción de esta materia prima generó una importante actividad económica en la región ya que el chicle extraído se vendía a compañías procesadoras, que a su vez lo transformaban en goma de mascar y otros productos que se exportaban a nivel nacional e internacional, generando importantes ingresos y contribuyendo al comercio regional y nacional.

Los campamentos chicleros también jugaron un papel importante en la localización de sitios arqueológicos en la región de Campeche, Yucatán y Quintana Roo. Durante el auge de esta industria, los chicleros exploraban la selva en busca de árboles de chicozapote para recolectar la resina. En su exploración, se adentraban en áreas remotas y poco conocidas, lo que los llevaba a descubrir vestigios arqueológicos ocultos en la selva, contribuyendo a ampliar el conocimiento sobre la antigua civilización maya y a la identificación de sitios arqueológicos desconocidos hasta entonces. Estos descubrimientos han sido de gran valor para la comprensión de la historia y la cultura de los antiguos mayas en la región, que al día de hoy forman parte del gran patrimonio cultural de México.

Adriana Velázquez Morlet

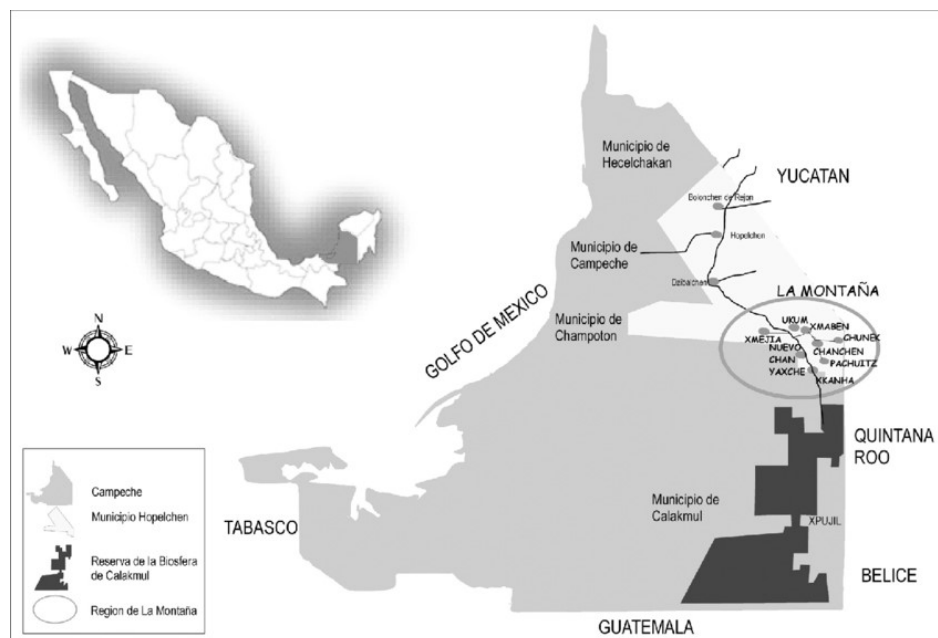


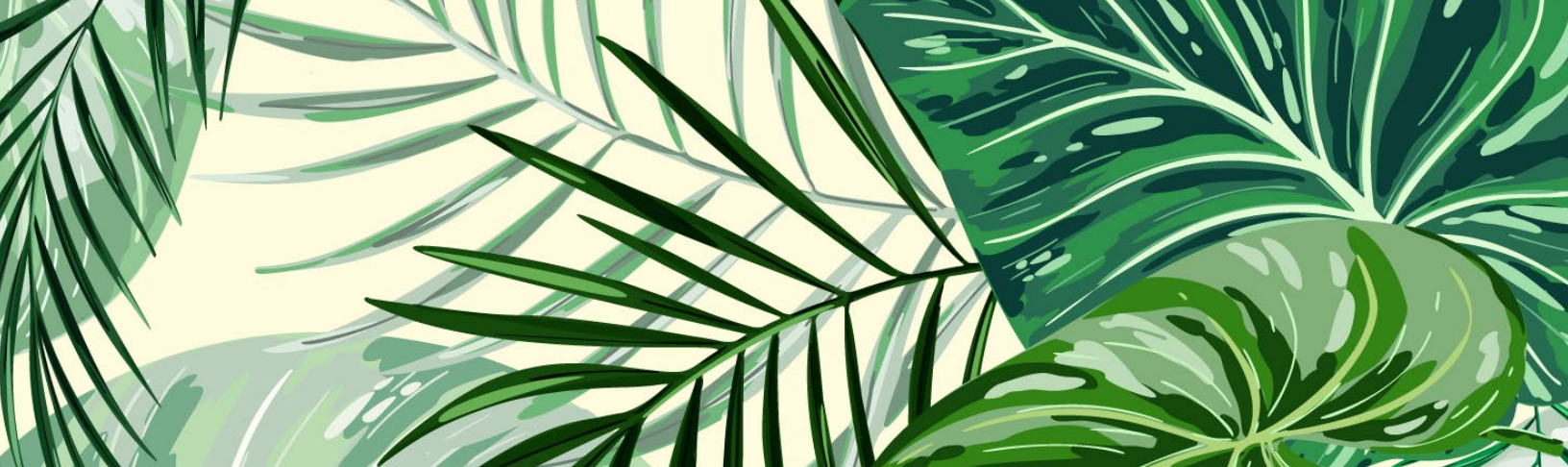
Los chicleros mayas de los Chenes, Campeche

Teresa Ramayo Lanz

La zona del extremo noreste del actual Estado de Campeche fue asentamiento de los mayas desde siglos atrás (Chávez Gómez, 2006, pp. 57-79). Hopelchén, Bolonchén, Dzibalchén, Becanchén, Pacchén, Sahcabchén, Cancabchén y otros asentamientos dan nombre a la zona: los Chenes. Territorio que fue reconocido como espacio de los mayas montaraces, libres, una población que se sustentaba con la producción de maíz, frijol y el comercio de miel y cera, copal, tabaco, aves, fibras vegetales, resinas, achiote, pimienta y pieles de animales en las espléndidas selvas del corazón peninsular.

Región de La Montaña, municipio de Hopelchén, estado de Campeche-México.





Al estallido de 1847, se unieron con la población que se levantó en armas, pero hacia 1853, un grupo, que sería conocido como los pacíficos del sur, accedió a firmar la paz, quedando enfrentados a los que serían llamados rebeldes del oriente, pobladores de las selvas que décadas después sería Quintana Roo.

En repetidas ocasiones -en 1857, 1858, 1861 y 1867- hubo ataques violentos de los rebeldes del oriente a los pacíficos del sur, cuyo propósito era fragmentar la unión de los pueblos pacíficos, provocar su desorganización y el abandono de espacios que dejaran el paso libre a sus aliados ingleses, para explotar la riqueza forestal de aquella franja de 200 kilómetros de largo por 60 km de ancho, que iba desde Los Chenes hasta el área lindante con las selvas del Petén guatemalteco, sede de poblados como Lochhá, Chichanhá e Icaiché.

Restaurada la República, el gobernador campechano Pablo García emprendió la reorganización de los mayas dispersos por los ataques. El pacto de Pablo García con Eugenio Arana de Xkanhá y con Marcos Canul de Icaiché, tenía el objetivo de proteger por el este y el sur, el territorio que conformaría el límite oriental del joven estado de Campeche. No obstante, los rebeldes consiguieron provocar la desorganización en el sur. Lochhá e



Figura 4.- General Gabriel Tamay de Icaiché.
Despacho de H. Fowler, no. 2, enero 15, 1884,
British Public Record Office, Kew, Richmond, Surrey. Dumond, 2005

Icaiché, se irían despoblando. Y los que deambulaban desorganizados por los montes, fueron reubicados en Los Chenes, donde serían encerrados en las fincas de los nuevos propietarios de las tierras.

El pacto con el gobernador García perdió su vigencia cuando el grupo político liderado por Joaquín Baranda destituyó a aquel, e impuso una nueva legislación. En el proyecto barandista, los Chenes se convertiría en el granero peninsular. En las últimas dos décadas del siglo XIX, el territorio de los mayas pacíficos dejó de serlo para convertirse en fincas y haciendas de campechanos dedicados al cultivo de maíz, tabaco, azúcar y aguardiente. Y los mayas, un día libres, en sirvientes o peones en los emporios agrícolas que se esperaba surgirían.

Sin embargo, la zona, aunque fructífera siguió siendo riesgosa. Era un territorio de contrabando de maíz y aguardiente, de tierras sin deslindar, de escasa población e inseguridad, y para culminar, las tierras fueron convertidas en “propiedad de la Nación”. La producción agrícola se orientó entonces hacia las ricas tierras irrigadas de El Carmen y Champotón, y en lugar de maíz, frijol, etcétera, se incrementó la extracción de la resina del chicozapote (*Manilkara zapota* y *Achras zapota*). Los mayas cheneros, un día llamados pacíficos, pasaron de peones de hacienda a chicleros.

La extracción de chicle, en aumento constante a medida que iniciaba el siglo XX, constituyó la actividad económica dominante, a tal grado que algunos finqueros prefirieron insertarse en la dinámica de la extracción chiclera y maderera de los grandes consorcios norteamericanos en El Carmen y Palizada, dejando sus fincas de los Chenes. Las selvas cheneras se convirtieron en un territorio muypreciado por contratistas del ámbito regional y nacional que entraban a extraer la preciada resina, cuyas labores extractivas propiamente dichas les correspondió a los mayas cheneros, quienes sin certidumbre en la tenen-

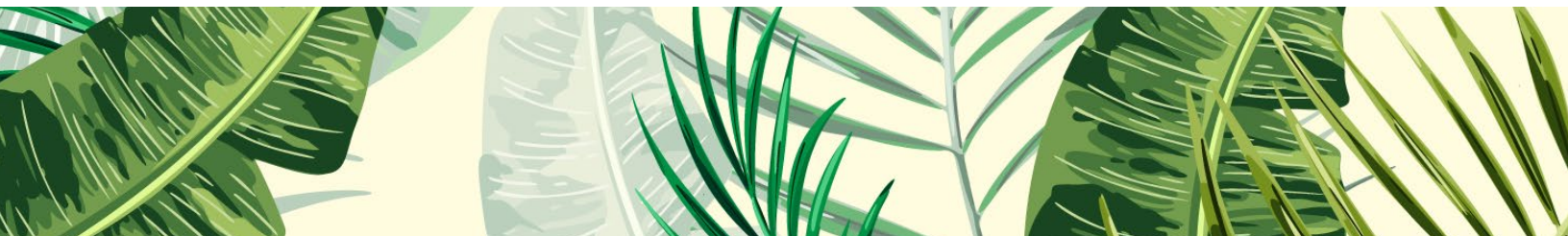


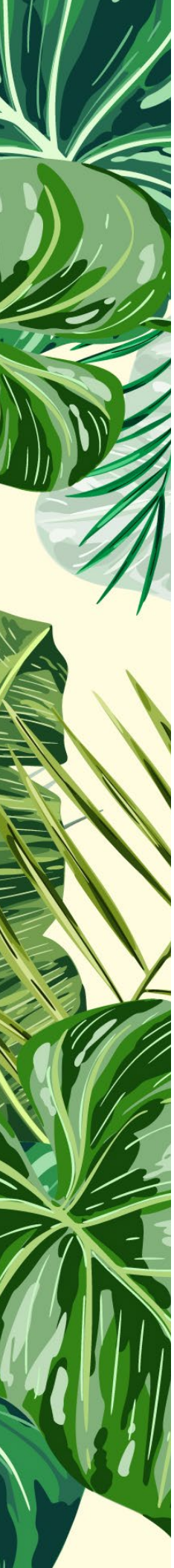


LÁMINA 10. GENERAL SANTIAGO PECH DE ICAICHÉ
Incluida con el despacho de H. Fowler, no. 2, enero 15, 1884 (CO 123/172,
British Public Record Office, Kew, Richmond, Surrey)

cia de sus tierras y sin otra alternativa económica más que sus milpas, se convirtieron en chicleros.

Esta condición de servidumbre permanecería hasta la llegada de cambios políticos a nivel nacional y local que romperían el esquema que prevalecía. La formación del Partido Socialista Agrario en Campeche marcó el nuevo rumbo de la política local. Pese a los ataques constantes de sus





opositores logró dotar de tierras a los mayas de Los Chenes. A partir de 1922, comenzó el reparto agrario en la zona. Xmabén, Chanchén, Chun-ek, Xkanhá, Xcupilcacab, Yaxché, Komchén fueron dotados con tierras ejidales. De 1927 a 1930, el reparto continuó, dotándolos también de ampliaciones forestales. Empero, la producción chiclera dependía totalmente de los extranjeros y los permisos para la extracción eran ajenos a los mayas cheneros, de manera que sus ampliaciones fueron objeto de explotación por los contratistas peninsulares, sin que ellos pudieran obtener más ganancia que la paga precaria como chicleros.

En 1934, durante su gira como candidato a la presidencia, el general Lázaro Cárdenas recorrió las entidades peninsulares: el Yucatán henequenero, el Territorio de Quintana Roo formalmente dividido entre sus vecinos (Ramayo Lanz, 1997a, pp. 131-142), y el Campeche maderero y chiclero, como estrategia para recomodar a las fuerzas políticas peninsulares en apoyo a su presidencia. En Yucatán procedió al reparto de los henequenales; restituyó Quintana Roo como entidad federativa; y en Campeche, retomó el camino de las reivindicaciones sociales que iniciara el Partido Socialista Agrario, fortaleciendo a las organizaciones obreras y campesinas que sufrían

un accidentado proceso de desarticulación.

Las cooperativas y sindicatos chicleros campechanos que no estuvieran controlados por los grupos opuestos al gobernador Eduardo Mena Córdova, fueron fortalecidos financiera y legalmente para operar como un factor importante en la producción chiclera. Los mayas cheneros organizados en la Cooperativa "Los Chenes" recibieron un territorio más amplio para ser explotado de manera exclusiva por sus agremiados. El impulso a sindicatos, cooperativas y organizaciones obreras y campesinas era medular para el candidato a la presidencia y para el diputado por Campeche, Héctor Pérez Martínez, quien logró conformar el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Chiclera y Similares del Estado que reunía a los chicleros dispersos por Hopelchén, Champotón y El Carmen, en apoyo a su futura gubernatura.

La cesión de las más ricas selvas de la Península a los chicleros cheneros, generó el disgusto de los contratistas que demandaron al general Cárdenas, pero pese a la estridencia de sus protestas, éstas no fueron escuchadas y sus permisos de explotación fueron cancelados. Por decreto presidencial, los chicleros mayas de los Chenes serían los únicos que extraerían la resina en

aquel territorio (Ramayo Lanz, 1997 b, 131-142). El reparto agrario y la liberación de los trabajadores pareció una realidad, desafortunadamente, los cheneros solamente eran un eslabón más de la cadena productiva.

Pese al apoyo del gobierno federal, estuvieron en desventaja para participar de manera sustancial en la explotación chiclera. Los asentamientos que un día fueron de mayas pacíficos como Xmabén, Ukum, Chanchén, Pachuitz, Xmejía, Cancabchén, Chun-ek e Xkanhá recibieron tierras que no fueron delimitadas, y siguieron bajo la condición de terrenos nacionales. Solamente les quedó participar como trabajadores cuando llegaba la temporada de extracción, mientras sus milpas fructificaban.

Hacia 1942, en un análisis económico del Estado de Campeche (De la Peña, Moisés T. (1942), Vol. I, p. 67), se estimaba un aproximado de 2 millones de hectáreas en terrenos nacionales, en su mayor parte selvas donde se explotaba el chicozapote, según el autor, selvas intocadas (Ibid: 67) por la escasa comunicación y por estar casi en su totalidad despobladas. Dejaron de llamarles pacíficos, como si nunca hubieran existido, pero aún viven en la zona que han ocupado desde siglos atrás y que hoy es el área de colindancia de las tres entidades peninsulares, motivo de un conflicto limítrofe que ya tiene cien años sin solución.

Bibliografía

Chávez Gómez, J.M. (2006). "La recreación del antiguo espacio político. Un cuchcabal Kejache y el Na'al Kejach Chan en el siglo XVII" en Okoshi Harada, Tsubasa, Ana Luisa Izquierdo y Lorraine Williams-Beck, Nuevas perspectivas sobre la geografía política de los mayas, UNAM, Universidad Autónoma de Campeche, FAMSI, México, pp. 57-79.

Peña, Moisés T de la. (1942). Campeche Económico, Volumen I, Gobierno Constitucional del Estado de Campeche, Campeche, p. 67.
Ramayo Lanz, Teresa. (1997a). "Estrategia política regional: Campeche y Quintana Roo 1934-1940", Calakmul Volver al sur, Gobierno del Estado de Campeche, Campeche, pp.131-142.

----- (1997b) "Repartir lo indivisible: Los Mayas de La Montaña, Campeche y la Tierra", Negroe Sierra, Genny M. (1997). Guerra de Castas: Actores postergados, Instituto de Cultura de Yucatán, CONACULTA, Editorial Nuestra América, pp. 127-148.





Campamento chiclero y vida cotidiana en la empresa The Laguna Corporation 1890-1953 en la región de Laguna de Términos, Campeche

Claudio de Jesús Vadillo López

En este texto se propone mostrar la evidencia testimonial en fotografías y narraciones de cómo era la vida cotidiana en los campamentos chicleros en el periodo de surgimiento, crecimiento y debacle de dicha industria en la región de Laguna de Términos, Campeche, entre 1890 y 1953, a partir de aspectos particulares que se pueden generalizar.

El campamento con las casas de los chicleros, también conocido como hato, era de una sola habitación, sostenido por una estructura de troncos, cubierto de abundantes fibras de huano. Lo anterior, se puede constatar en los testimonios de los habitantes de lo que funcionó como la central chiclera de Matamoros (ver Foto 1).



Las mujeres también formaron parte de la sociedad chicleta. Trabajos de cocina, lavado de ropa y manualidades.

Para revivir el pasado, recordemos que, cuando el siete de octubre de 1947 el gerente apoderado de la Laguna, S.A., Cecil L.H. Branson, hizo entrega al representante de la Secretaría de Agricultura y Ganadería las 124,597 hectáreas 35 áreas, 11 centiáreas de la posesión de las fincas denominadas: Pital, Matamoros, San Isidro, Chivoja y terrenos sin nombre, mediante un acta en la que se indica que “en las tierras que hoy entrega es público y notorio se encuentra el asiento de lo que fue la Central Obrera Matamoros, cuyo caserío, edificios de administración, de talleres, casas para empleados y para peones, así como de la estación de bombeo con su maquinaria, pozos, etc; fue construido por The Laguna Corporation que era la compañía a quien la de terrenos Laguna S. A., debe en arrendamiento todas sus fincas para explotación de productos forestales, que todos estos edificios y construcciones quedaban a beneficio de la nación...”¹

¹ AGEC, Fondo Chiclero. Acta de Entrega de Tierras de Laguna S. A., al Gobierno Federal de 7 de octubre de 1947. Foja.1.

En la temporada de 1941-1942, de acuerdo con los documentos del Fondo Chiclero del Archivo General del Estado de Campeche, The Laguna Corporation tenía dos grandes centrales chicleras: Matamoros y San Rafael y 24 campamentos: El Muerto, El Trueno, El Faro, El Tormento, Puerto Rico, Tres Aguadas, Salsipuedes, Colonia, La Central, Cantigix, El Aguacate, Las Delicias, Lirio Azul, Candelaria, Calabozo, La Ilusión, Chilaraide, Chilar, El Porvenir, El Clavo, Magueyalito y El Tasisital. En cada campamento había un promedio de 13 a 15 chicleros.

El recuerdo de las imágenes que presentaban edificaciones expresan el proceso de dotación de nuevos significados que aportaron tanto la empresa The Laguna Corporation como los trabajadores a la selva y la aguada, a los bosques de chicozapote que durante siglos habían permanecido alejados de la mano del hombre.

Las narraciones orales sobre este lugar en los años 30 y 40, expresan lo que significó para los chicleros vivir ahí, el sentido que adquirió cada uno de ellos, sus componentes con relación al contexto natural, económico y social en que estaban inmersos. Los chicleros hablan de cómo un espacio natural se transformó en un espacio cultural y cuáles fueron los componentes materiales de esta cultura.

El campamento era un asentamiento de chicleros alrededor de una aguada, a una distancia relativa de los bosques de chicozapote. Las pequeñas comunidades chicleras que se organizaron en cada campamento era de 12 a 13 personas que se trasladaron a estos sitios. A continuación, se presentan algunos testimoniales de quienes vivían en dichas comunidades.





Julia Yeh²

-Cuando usted llegó ¿Cómo eran las casas de Matamoros?

-No había casas de material. En tiempos del gringo, vivían los chicheros en puras casitas, los empleados entonces en casas de madera. Que, por acá todo este lado era puro empleado, entonces tenían su casa de madera sus pisos también de madera, así de altos ponían de esos palos gruesos así y así hacían las casas.

-¿Cómo se le llama a eso, la parte alta?

-Pues es donde se asienta, como un asiento para que no entre el agua y entonces por eso se ponen los postes así en fila según sea la cantidad, después unas tablas gruesas así, los ponen y así fabricaban.

-¿Y aquí se inundaba en la época de lluvia?

-Y también ahora y ahora con más porque no había la carretera, no le dejaron nada, de cómo hay ahora, caños grandes así, no había y así que por eso se inundaba mucho más, sí.

Juana García³

-Cuando estuvo aquí la compañía ¿Cada quien tenía su casa o vivían juntos?

-No, mandaban a hacer, vamos a suponer como esta casa grande, como por aquí donde están estas casitas, pa dentro hacían unas casas largas de huano ¿no? Entonces formaban cuartos, tenía su

2. Entrevista con Julia Yeh realizada por CVL el 12 de junio de 1998, en Matamoros, Escárcega, Campeche.

3. Entrevista con Juana García realizada por CVL el 25 de marzo de 1998, en Matamoros, Escárcega, Campeche.



Un hato o campamento provisional a los alrededores de la finca.

corredorcito para atrás pa que cocinaran y adelante una piececita, porque yo cuando vine, viví ahí en una casita de esas mientras que nos hacían una casita por allá.

-O sea ¿Ahí había cuartos?

-Muchos cuartos.

¿Con su ventana?

-No sin, de una sola puerta.

¿Y a cada una le hacían su fogón?

-Sí, esos fogones así le hacían a los empleados, ponían luz, llaves para agua, ¡ah! eso sí, a las ocho de la noche ya no había luz y nosotros alumbrábamos con petróleo o vela o veladoras, por aquí había uno, que le llamaban ellos un champón, por acá había otro, ya le digo que eran cuartos.

-¿Champón? ¿Así se llaman?

- Así le llamaban aquí, como en la ciudad pues hay cuartos, así que casas grandes, grandes, pero aquí le llamaban ellos champón, la gente de aquí y yo. Allá no, ahí en Palizada cerca de mi casa había casi una manzana, también de puros cuartos que daba alquilados la dueña, pues allá no se le llamaba champón, sí...varios ya le digo, les mandaba hacer la compañía su casa.

-¿Para los empleados?

- Los chicleros ya tenían casa, no le digo y por allá en la orilla de la aguada había otros y más allá había otros, para que llegaran a vivir y cuando salían del chicle, que ya terminaban su trabajo, muchos se iban a pasear a El Carmen, muchos



Hacienda del Mocú, Campeche.

eran de allá y muchos se quedaron por aquí, luego que terminó toda la gente se regó y ya se quedó muy pobrecito aquí. Ahora es que ya hay casitas así que han estado construyendo y ha cambiado. Aquí era potrero cuando la compañía, había mucho tinto. Aquí tenían ganado, aquí cuando llueve se aniega mucho, llega el agua aquí. ¡Ah! le digo a usted cuando hubo ese ciclón, cuando todo se fue a pique, que todo se nos perdió, porque el agua llegó como así, alto así.

-Y los chicleros ¿Dónde vivían?

- Aquí en las casas de huano.

-¿No tenían techo de teja?

- No, puro de huano, alguna por allá sí habían.

-Y los chicleros ¿También tenían luz, todos tenían luz?

- No, los chicleros no, en la calle sí.

-¿Con qué se alumbraban los chicleros?

- Con petróleo, con unas lamparitas así, que llevaban al monte, redonditas con una tacita y tenían una cosita así, una capita.

-Y el agua ¿De dónde sacaban el agua para beber?

- Aquí donde está ese pozo, en ese parque ahí estaba el motor del agua; sacaban el agua ¿Sabe cómo? Eran las varillas de madera larga, unas así, largas.

-¿Era con motor o con veleta?

- No, con motor. Y ahí había molino también para moler nixtamal.

-¿Pero no había agua en tubería?

- Sí había tubería.

-¿De ahí salía?

- Sí, de ahí había tubería y ahí donde vivíamos nosotros que era casa para chicleros, en medio de la calle, ahí después del tamarindo, ahí estaba una llave para que toda esa gente de ahí fueran a buscar agua ahí, así estaban, ya le digo que los chicleros no tenían luz se alumbraban con petróleo o con veladoras, velas.

Fidelia Torres Cruz

-Los señores se van al chicle ¿Y las señoras qué hacían?

-Haciendo la comida en las champas, en los campamentos, la comida para que cuando ellos vinieran pues ya estaba todo listo, y yo como me gusta ir a los campamentos ya estaba todo listo o había que hacer pan, hacer mucho pan, eso que dice mi esposo, esos bocoles, me gustaba mucho hacerlos; así nos criamos en la pura cocina nosotros. Para nosotros no había diversión, no había nada, casi nos manteníamos dentro de la casa.

Bibliografía

Aída Amine Casanova Rosado / Ivette García Sandoval. Coordinadoras (2021). En las haciendas en Campeche. Siglo XIX. Poder Ejecutivo del estado de Campeche. UAC.

Vadillo López, Claudio de Jesús. (2001). Los chicleros en la región de Laguna de Términos, Campeche. 1890-1947. UNACAR.

Vadillo López, Claudio de Jesús. (1859). Territorio, economía, cultura laboral y expresión arquitectónica de las haciendas del palo de tinte, en el Partido del Carmen, Campeche.

El chicle, la botánica y la arqueología en el sur del estado de Campeche

Alejandro Morón Ríos

Se sabe que el chicle era utilizado por los antiguos mayas, que le llamaban cha (Hodge, 1955) y lo masticaban para calmar la sed; en ese entonces, lo que se masticaba era la goma del árbol semi endurecida y desde luego no tenía azúcar añadida. Sobre el chicle también se ha escrito que llegó a Estados Unidos a través del general Antonio López de Santa Anna en 1857, quien llevó este material para intentar vulcanizarlo y sustituir al caucho. El proceso lo hizo en colaboración con un inventor aficionado por aquel entonces, Mr. Thomas Adams, pero el proceso fracasó. Tiempo después Mr. Adams logró una preparación a la que le añadiría azúcar y colorante para mejorar su sabor y venderlo, iniciando con ello una compañía y popularizando paulatinamente el consumo masivo de goma de mascar (Mathews, 2009).

Sea como fuere, el chicle es

Figura 1A. Chicleros haciendo cortes a los árboles. Imagen tomada de Karling, J. "Collecting chicle in the american tropics". *Torreya*, vol. 42 núm. 2. USA. 1942.

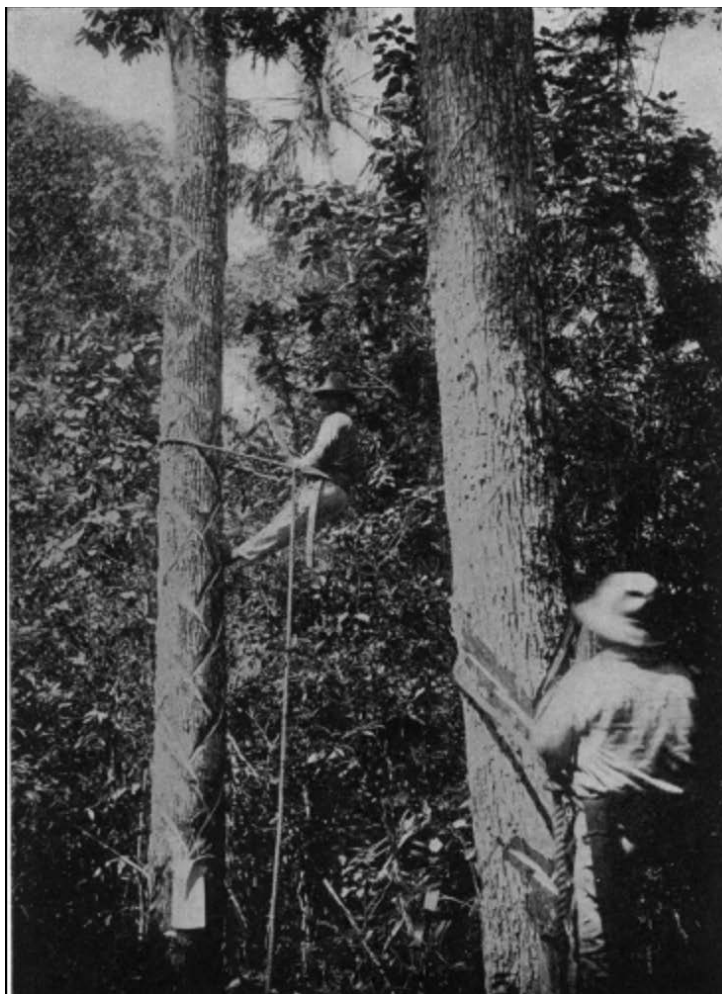




Figura 1B. Escurrimiento del látex de chicle que llega al depósito en la base del árbol. Imagen tomada de Karling, J. "Collecting chicle in the American tropics". *Torrey*, vol. 42 núm. 2. USA. 1942.

la resina del árbol del chicozapote (*Manilkara zapota*, por su nombre latino) que se ha "cocinado" para quitarle la humedad y tornarla en una materia de gran plasticidad, que se endurecerá y servirá como materia prima que después se procesará, se le agregará un edulcorante, un saborizante (natural o artificial), se le cortará y empacará para venderse como chicle o goma de mascar.

La extracción de esta resina es un proceso que podríamos considerar artesanal, pues se requiere de la pericia del "chiclero, quien durante la temporada de lluvias hará con un machete incisiones en zig-zag en la corteza del árbol (Figura 1A) para que fluya por esas hendiduras la goma o resina y se deposite finalmente en un recipiente o pequeño saco ubicado en la base del árbol. (Figura 1B). Una vez lleno se recoge y se cuece (Figura 1C) para formar una marqueta de mayor peso y tamaño. Mediante este proceso se ha extraído el chicle desde el inicio de su explotación comercial en México hace más de 100 años.



Figura 1C. Cocinando el chicle en un pequeño campamento. Imagen tomada de Karling, J. "Collecting chicle in the American tropics". *Torrey*, vol. 42 núm. 2. USA. 1942.

Los árboles de chicozapote fueron muy abundantes en el centro-sur de la península de Yucatán, llegando a formar lo que técnicamente se ha de-

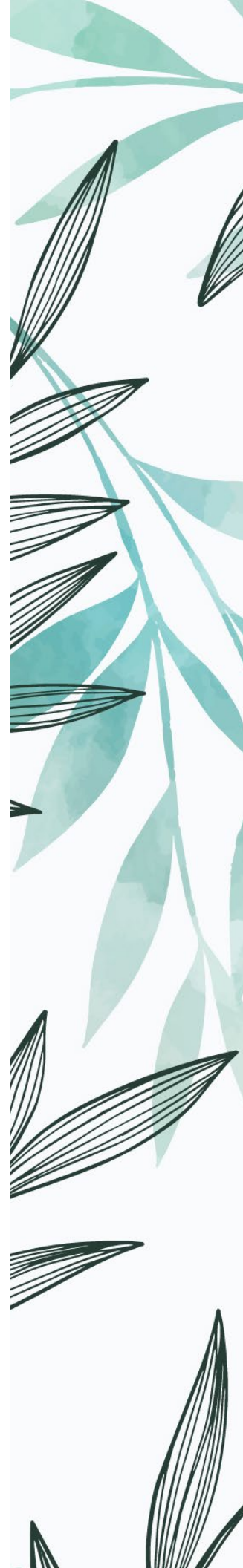


nominado como “selva de chicle” (Martínez y Galindo, 2002), esto es, lugares en donde abunda y predomina este árbol. Debido a esto, la zona centro-sur del estado de Campeche fue el escenario de la explotación a gran escala de esta resina natural, desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, y aún hoy día subsiste dicha extracción, pero a escala muy pequeña, comparada con la ocurrida en la primera mitad del siglo XX.

En la zona centro sur del estado de Campeche y el sur del actual estado de Quintana Roo, existían enormes extensiones de selva, que prácticamente iban desde el Golfo de México, en el oeste, hasta la bahía de Chetumal en el este. Hacia fines del siglo XIX, durante el Porfiriato, varias compañías estadounidenses tenían adjudicadas enormes extensiones de estas selvas para cortar maderas finas, duras, tintóreas y extraer resina de los árboles de chicozapote (Konrad, 1987; Hart, 2002). Un ejemplo de ellas era la compañía denominada “The Laguna Corporation”, que tenía adjudicadas unas 400 000 ha. En esta inmensa concesión en principio se cortaban maderas, para paulatinamente sustituirse por la extracción de chicle. La oficina principal de la compañía estaba en Ciudad del Carmen, Campeche, y a su vez estaba unida por medio de barco y ferrocarril de vía angosta a la central Matamoros (Figura 2), que era el principal centro de concentración de chicle y madera. Tenían otro centro de concentración, más pequeño y al interior de esa zona, que se llamaba San Rafael, entre ambos controlaban 23 campamentos chicleros y 9 contratistas (Konrad, 1987).

Para tener una idea de lo importante y redituable que era este negocio, basta saber que durante la Segunda Guerra Mundial las exportaciones mexicanas de chicle llegaron a un máximo aproximado de 11 325 000 kg (25 millones de libras) (Konrad, 1987).

Como ya se mencionó previamente, el chicle se extrae de los árboles de chicozapote, que crecían en una amplia zona que iba del este del estado de Yucatán hacia la zona centro sur de la península de Yucatán, así como también en Veracruz y



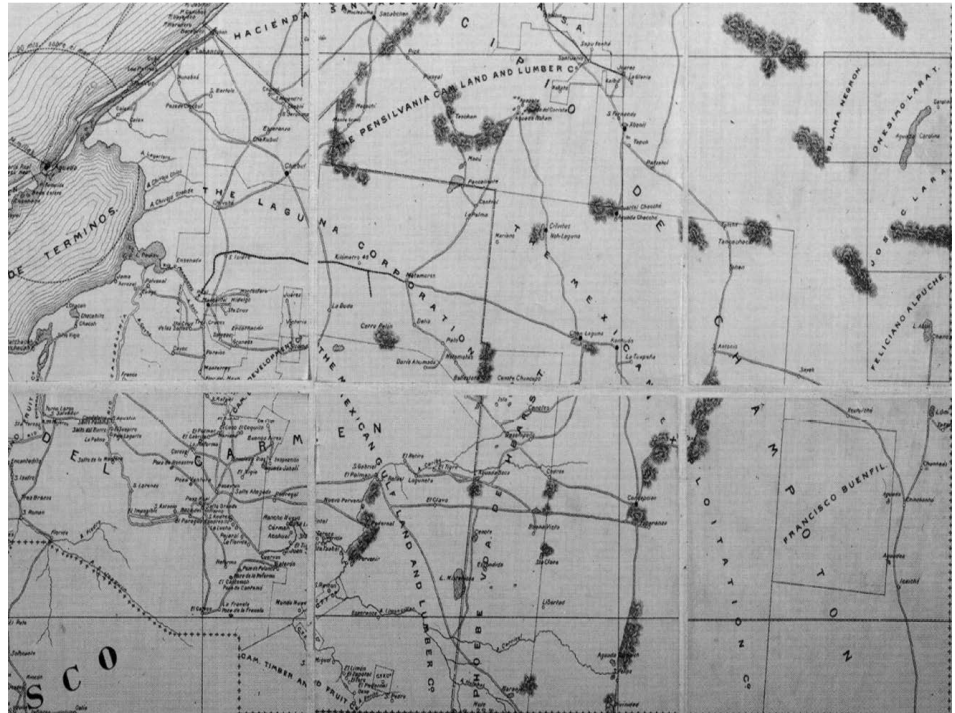


Figura 2. Ampliación del mapa del estado de Campeche de 1920 elaborado por Graham, Gómez y Gutiérrez en donde se ubican los terrenos de explotación de las distintas compañías estadounidenses y los de algunos mexicanos, entre ellos "The Laguna Corporation"; "The Mexican Exploitation Co." y la concesión del contratista Francisco Buenfil. Además de algunos puntos como el campamento "Matamoros" y la central chiclera "La Tuxpeña". Tomado de: Antochiw, M. (2012). *Historia Cartográfica del estado de Campeche*. Campeche, México. Pámpano Servicios Editoriales.

Chiapas, entre otros estados del país. Su distribución geográfica también se extiende hacia Centroamérica y la porción norte de América del Sur. En esta amplia región coexisten al menos otras dos especies de zapotes, de las cuales también se puede extraer la resina, pero la cantidad que producen puede ser menor o bien su calidad es inferior comparada a la obtenida con el látex de *M. zapota*. En las primeras tres décadas del siglo pasado, las compañías que procesaban el chicle querían obtener los máximos rendimientos del producto y evaluar bajo qué condiciones y con qué especies, si era el caso, podía lograrse dicho propósito. Para ello, tenían algunos campos experimentales en lo que hoy es Belice y en otros puntos de América Central y las islas del Caribe. En la década de 1930, la Chicle Development Company de Nueva York tenía una subsidiaria en territorio mexicano, más específicamente en Campeche, esta era la Mexican Exploitation Company. Esta compañía, al igual que las otras, tenía contratistas que trabajaban para ella y a quienes supervisaba de manera constante. En 1931,

la Chicle Development Company había enviado a Campeche a un joven botánico para que viajara a los campamentos de los contratistas, supervisara las operaciones en estos sitios e hiciera un reconocimiento de los bosques de chicozapote, que incluía estudios ecológicos y botánicos. Este personaje se llamaba Cyrus Longworth Lundell (1907-1994) (Figura 3), que además de su interés y dedicación a la botánica, era un arqueólogo aficionado. El trabajo que Lundell desarrollaba sobre la producción de goma de chicozapote lo mantenía en contacto con los campamentos y con los chicleros, que a fin de cuentas, eran quienes exploraban la selva buscando los mejores árboles para “sangrarlos”, como se le llamaba coloquialmente al corte de la corteza para la obtención de la resina o goma.

El 29 de diciembre de 1931 (Figura 4), Lundell hace una exploración de unas ruinas que le habían reportado aproximadamente a 4 leguas al sur de la central Buenfil, y descubre lo que él mismo denominó Calakmul que significa: “Dos grandes pirámides” (según la

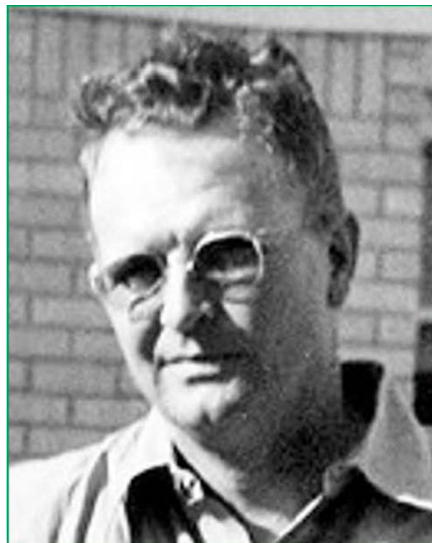


Figura 3. Cyrus Longworth Lundell, 1907-1994.

traducción literal del mismo Lundell) (Lundell, 1976).

Lundell efectuó una exploración del lugar durante apenas 3 días, en los que tomó notas, hizo mediciones y dibujos de los restos que encontró, tomó fotografías y registró 60 estelas. Como resultado de ello, dos años después daría a conocer sus hallazgos en un breve artículo (Lundell, 1932)

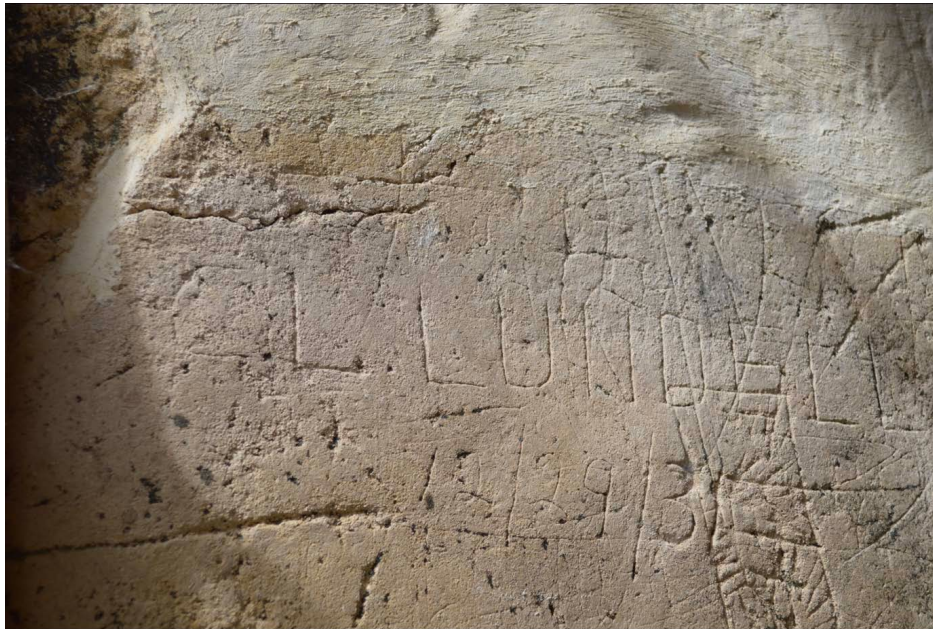


Figura 4. El "graffiti" de Lundell, que aún se conserva, en la pared de uno de los edificios de la zona arqueológica de Calakmul. Se puede leer: "CL LUNDELL 12/29/31". Foto de A. Morón.

y desde entonces aquel sitio sería conocido como Calakmul. Los datos recabados por Lundell serían la base para que el arqueólogo y explorador Sylvanus G. Morley convenciera a las autoridades de la Carnegie Institution de Washington para que financiaran una expedición a las ruinas de Calakmul, recientemente descubierta. Dicha expedición se efectuó en

abril de 1932 y después de un largo viaje desde las ruinas de Chichen Itzá en la región norte de Yucatán, Morley llegó a Calakmul (Figura 5), haciendo uso de las brechas, caminos y facilidades ofrecidas por los contratistas del chicle.

Lundell continuó explorando el sur de Campeche y el Petén guatemalteco por varios años más. Su trabajo botánico fue

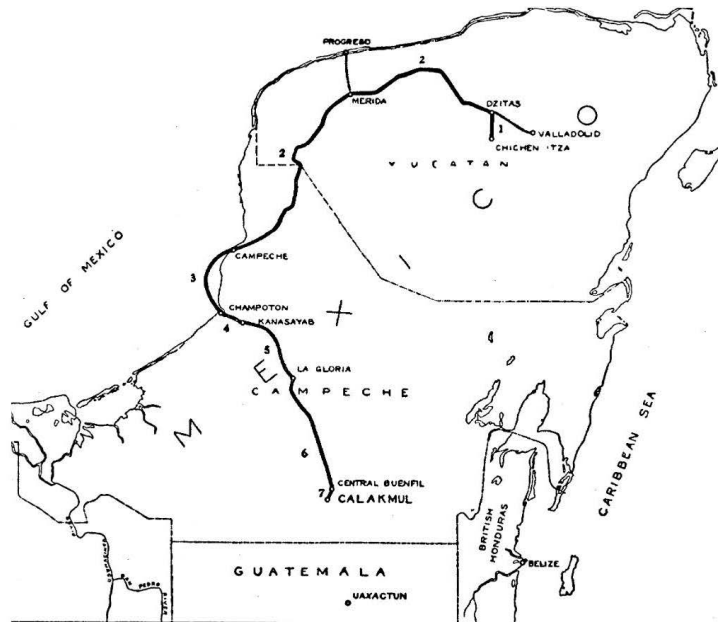


Figura 5. Mapa de la península de Yucatán elaborado por Sylvanus Morley, en donde se muestra el recorrido que hizo en 1932, desde el sitio de Chichén-Itzá en Yucatán hasta las ruinas de Calakmul recientemente descubiertas. Tomado de: Morley, S. "The Calakmul Expedition". *Scientific Monthly*. USA, 1933.

pionero, pues antes de que él explorara la región sur del estado de Campeche, ningún botánico o naturalista había estado en ella y mucho menos se habían colectado ejemplares de la flora. Describió diversas especies vegetales de la península de Yucatán, de Belice y del norte de Guatemala.

Calakmul fue el primero de otros 7 sitios arqueológicos mayas que descubrió entre 1931 y 1944. Inicialmente debido a su trabajo con las compañías que procesaban el chicle y a su interés en la botánica, fue posible que llegara a sitios remotos y no explorados en la región sur de Campeche y el Petén, lo que a su vez le permitió descubrir importantes yacimientos arqueológicos.

Como se puede apreciar en estas breves líneas, se llegó a formar un entramado, sin que ese fuera el propósito, entre los trabajadores asociados a la explotación del chicle, los botánicos y los arqueólogos, lo que redundaría en la exploración botánica y arqueológica de una región desconocida, que al final contribuyó al incremento del conocimiento de la flora de esa vasta zona y de la antigua cultura maya.



Los chicleros exploraban la selva y reconocían los sitios en donde crecían mejor los árboles de chizzapote, y a la vez, sin proponérselo, iban descubriendo los restos de una civilización que se había desvanecido hacía más de 1000 años. Esto le fue de gran utilidad a un explorador botánico y arqueólogo aficionado y posteriormente a arqueólogos profesionales que describieron varios sitios de gran importancia arqueológica en sucesivas expediciones. En éstas siempre fue esencial la presencia y guía del chiclero, conocedor del monte y de los sitios más remotos de aquella selva; la existencia de los campamentos chicleros también fue clave en estos trabajos, pues servían de sitio de descanso, punto de referencia y enlace entre tramos distantes. Tal vez no sería aventurado señalar que sin la presencia de los participantes en esta actividad extractiva, la exploración botánica y arqueológica en el sur de Campeche se habría retrasado enormemente.

Referencias

Hart, J.M. (2002). *Empire and Revolution. The Americans in Mexico since the Civil War*. USA: University of California Press.

Hodge, H. "The chewing gum tree". *Natural History*, vol. 64, núm. 2. New York, USA, february 1955. p. 74.

Konrad, H. W. "Capitalismo y trabajo en los bosques de las tierras bajas tropicales mexicanas: el caso de la industria del chicle". *Historia Mexicana*, vol. 36, núm. 3. México, enero-marzo 1987. p. 465.

Lundell L.C. "Archaeological discoveries in the Maya area". *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 72, núm. 3 USA, 1933. p. 147.

Lundell L.C. "The 1931-1932 odyssey in Campeche and Peten". *Wrightia*, vol. 5, núm. 7. USA, may 1976. p. 199.

Martínez, E. y Galindo-Leal, C. "La vegetación de Calakmul, Campeche, México: clasificación, descripción y distribución". *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, vol. 71. México, 2002. p. 7.

Mathews, P.J. (2009). *Chicle: the chewing gum of the Americas, from ancient Maya to William Wrigley*. USA: The University of Arizona Press.



Dependencia, extractivismo y crisis de la economía chiclera en 1890-1947

Ubaldo Dzib Can

Durante toda la colonia hasta mediados del siglo XX, los recursos forestales constituyeron el soporte económico de Campeche y su principal vínculo con el mercado internacional. De esos casi cuatro siglos y medio, los primeros cuatro correspondieron a la centralidad del palo de tinte y el resto a la explotación chiclera. La economía, basada en el aprovechamiento de ambos recursos silvícolas, se caracterizó por su naturaleza meramente extractiva y su estructura monoexportadora. La ausencia de procesos de transformación que le añadieran valor a esos productos, así como la dependencia de un solo artículo de exportación evidenciaron los límites y fragilidad de las bases sobre las que descansaba la economía. Adicionalmente, sobre todo en el caso del chicle, la formación de un mercado único que concentraba el producto permitió que el precio, el volumen y las condiciones de compra fueran determinados más allá de nuestras fronteras y al margen de los propios productores y de las autoridades nacionales. Así, durante todo el ciclo chiclero, la explotación estuvo sometida a los vaivenes de los intereses transnacionales de un mercado monopólico.

Se suman a ello dos características de la producción capitalista: su racionalidad sintetizada en la maximización creciente de las ganancias en el menor tiempo posible, y su vocación de sometimiento y aniquilación de la naturaleza; las cuales se tradujeron en la depredación de nuestros recursos forestales y su reemplazo posterior por productos sintéticos. Tales son las condiciones que explican el drama de nuestros recursos tintóreo y chiclero.



De la producción chiclera que se extiende de fines del siglo XIX a mediados del XX, en este ensayo me centraré en el análisis de las contradicciones y limitaciones de una economía extractivista, dependiente y frágil, que ha caracterizado la mayor parte de la historia económica de la entidad, incluyendo al camarón y al petróleo.

El enclave chiclero en una entidad atrasada

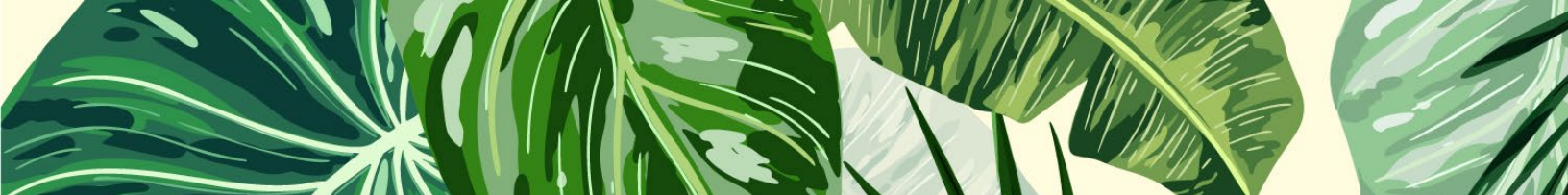
A principios de los 1930, cuando el nuevo estado posrevolucionario empezaba a estabilizarse y el humo de las batallas se disipaba en el territorio nacional, podía decirse que Campeche emergía como una entidad “atrasada”, desde el punto de vista de las modernas ideas de desarrollo. La agricultura, que en todo el país era la principal actividad económica, en Campeche constituía el segundo renglón y mayoritariamente se concentraba en la única zona poblada del estado: el norte indígena, asentado sobre suelos delgados, pedregosos y secos. Era de temporal e itinerante, pues se apoyaba en la técnica agrícola milenaria maya de roza, tumba y quema de los montes, que obligaba a dejar el área trabajada después de tres años consecutivos de su uso por su pérdida de fertilidad, y regresar a él veinte años después, cuando los montes se hubieran restablecido. Además, tenía al maíz como su principal producto agrícola,



Chiclero picando un árbol de zapote.



Preparando la resina para su cocinado.



el cual se cultivaba extensivamente más por imperativos culturales y constituir la dieta básica de la población, que por sus rendimientos económicos y productivos. La industria era artesanal y familiar, sin el apoyo de modernas instituciones de crédito y sin energía eléctrica. El comercio sólo era local, pues a excepción de Mérida, la entidad y la ciudad estaban prácticamente aisladas del resto del país por la falta de medios y vías de comunicación; sólo había intercambio comercial inestable con algunos puertos del Golfo mediante el caro y deficiente servicio de cabotaje que, por sus retrasos en otros puertos, provocaba escasez de mercancías en la ciudad y el retraso de las salidas de la producción local. Finalmente la pesca era artesanal, con embarcaciones que aprovechaban las direcciones de los vientos y las corrientes marinas para ir y venir de altamar y su mercado era meramente local; es decir, sólo se consumían en las propias comunidades pesqueras y en la ciudad capital (Uc Valencia, 2003: 85-86, 187-188).

La actividad económica básica, central de la entidad, que nos vinculaba con el mercado internacional, particularmente con el capital y los consumidores norteamericanos, era la recolección de chicle. Esta actividad meramente extractiva de un recurso natural, constituía el resabio de la anterior política económica liberal de Porfirio Díaz, quien pretendió modernizar al país mediante

la atracción de capitales extranjeros. Esta estrategia se implementó en la entidad a través de los deslindes de terrenos en el sur del estado, a partir de 1886, mediante los cuales se entregaron a consorcios norteamericanos más de un millón de hectáreas de selvas para la explotación de maderas preciosas y chicle (De la Peña, 1942, T. II: 72-73; Bocanegra, 1994: 15). Esta cifra representaba la quinta parte de la cubierta forestal de la entidad estimada a mediados de los 1990 en un poco más de 5 millones de hectáreas (Gío Argáez, 1996: 5).

Frente al “atraso” del resto de las actividades productivas, la recolección de chicle estructuró desde la segunda década del siglo XX una economía extractiva monoexportadora, atada a un solo mercado. Esta vinculación de nuestra economía con capitales transnacionales se realizaba a través de la participación monopólica de corporaciones norteamericanas en todas las fases de la industria chiclera: desde la posesión latifundista de los montes y el financiamiento de la explotación en nuestro país, hasta el procesamiento industrial y el consumo en el vecino país del norte. Esto revelaba llanamente el control estadounidense sobre la economía de la entidad; más específicamente, la dependencia económica de la región respecto a los intereses de los particulares norteamericanos, quienes imponían precios, condiciones y volúmenes de compra.

Dependencia y colapso de una economía extractiva monoexportadora

Esta asimetría económica se expresaba en tres ámbitos, todos letalmente nocivos para la sociedad campechana y sus recursos naturales. En primer lugar, los consorcios norteamericanos tenían la capacidad para sumir en crisis a la economía y la sociedad campechana para proteger sus intereses, como ocurrió en dos momentos históricos frente a procesos transnacionales: la depresión de 1929 y el fin de la Segunda Guerra Mundial. En el primer caso, los estadounidenses dejaron de comprar la goma y suspendieron el financiamiento de la recolección durante 1929 y 1930 (Ramayo Lanz, 1993: 7). Los siguientes años, para propiciar



Cocinando la resina con ayuda de la vara llamada chamol.

el regreso de los inversionistas, el gobierno federal canceló los impuestos que esos capitales pagaban por la exportación del chicle, mientras el estatal redujo en un 50 % los impuestos locales a la explotación (Uc Valencia, 2003: 84-85). Aun así, los precios de la resina bajaron en un 36.8 % entre 1929 y 1934, lo cual representó para la entidad la pérdida de dos terceras partes de sus ingresos por concepto del producto que movía el conjunto de su economía (Uc Valencia, 2003: 136).

Esas condiciones significaron el aumento del desempleo, la escasez de circulante en la entidad, la



drástica disminución del consumo de los recolectores y permisionarios del chicle que afectaron la agricultura, el comercio, los transportes y la banca, así como la detonación de una crisis presupuestal de las finanzas del gobierno del estado que disminuyó los ingresos de la burocracia, incluyendo la del propio gobernador (Uc Valencia, 2003: 89-90). El caso de la Segunda Guerra Mundial fue más dramático para el chicle y la propia entidad, pues significaron el contraste del auge y caída de la industria chiclera, mostrando el poderío de las corporaciones transnacionales en su capacidad de crear y destruir economías dependientes. Entre 1939 y 1945, la entidad produjo sus volúmenes más elevados de resina debido a que el consumo del país vecino se incrementó por las adquisiciones de chicle industrializado por parte del ejército norteamericano. Pero al concluir el conflicto y desaparecer dicho consumo las transnacionales suspendieron sus compras, cerraron sus oficinas en la entidad desde 1947 y gradualmente fueron perdiendo interés en el chicle mexicano, por la apertura de las rutas asiáticas a gomas más baratas, pero de menor calidad. La estocada final al chicle mexicano se la dio la producción norteamericana en laboratorio del chicle sintético. Así, la industria chiclera gradualmente se iría apagando hasta constituirse en una actividad marginal desde los 1960, sin haber hecho progresar a la entidad, ni resuelto los problemas de pobreza de los propios chicleros.

En segundo lugar, independientemente de las crisis económicas y sociales provocadas por las

economías dominantes, la distribución asimétrica de la renta generada por la industria mostraba otra cara de la producción de desigualdades. El presidente del Comité Chiclero en la entidad, Castillo Maury (1940: 13) estimaba, en 1940, que los ingresos anuales generados por la industria y el comercio en el país vecino ascendían a unos 86 millones de dólares, de los cuales la mitad se quedaba en manos de la industria y la mitad en manos del comercio. En cambio, la extracción de la resina en la selva sólo le dejaba al país 3 millones 590 mil dólares, en promedio, de los cuales una tercera parte era para los recolectores y las dos terceras partes para los empresarios locales (Uc Valencia, 2003: 141).

Y, en tercer lugar, el predominio de la renta y de los intereses particulares también prevalecía por encima de los recursos naturales. La extraordinaria demanda internacional de la resina, que se había consolidado en la entidad desde la segunda década del



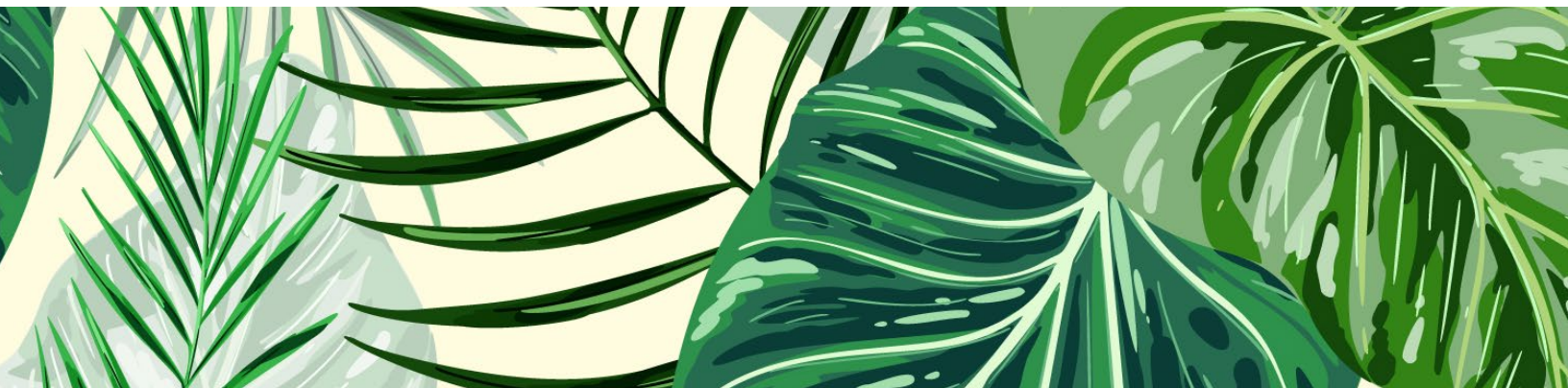
siglo XX, inducía prácticas de abuso contra la conservación y el restablecimiento de los zapotales. En el marco de la XVII Conferencia de Mesa Redonda organizada en la entidad en 1946, con el objeto de elaborar el programa de trabajo de Miguel Alemán, candidato del PRI a la presidencia, Jesús D. Ortiz (1946: 75-76), en su ponencia titulada "Plan de movilización agrícola en el estado de Campeche", denunciaba que el abuso de resinación de los productores realizado a través del sangrado de árboles de diámetros prohibidos, así como del repique de zapotes antes de su restablecimiento, diezaban anualmente los zapotales. La contrapartida de este exceso era la disminución irreversible del nivel productivo de los montes y el descenso del rendimiento de resina por trabajador, de 900 a 400 kg de látex durante una temporada de siete meses, que Castillo Maury (1946: 36-38) había observado entre 1936 y 1946.

Este daño a la preservación de los zapotales y a su producti-

vidad tuvieron sus costos en el periodo de auge de la producción y exportación chiclera durante la Segunda Guerra Mundial. Entre 1939 y 1945, cuando la demanda internacional llegó a su cresta más alta y las selvas de la entidad llegaron a producir su cifra récord de 3.5 mil toneladas de resina, en la temporada 1941-1942, la entidad perdió su capacidad para satisfacer la demanda creciente del mercado norteamericano; primero, por las sequías de 1943 y 1944, y después porque los zapotales estaban exhaustos (Uc Valencia, 2003: 197). Después de la extracción de su cifra histórica, el nivel de producción de chicle de la entidad vendría en descenso irreversible, hasta que las corporaciones norteamericanas lo sustituyeron por goma sintética. El colapso de su soporte económico durante la segunda mitad de la década de los 1940, sumió a la entidad y a su gobierno en una crisis económica y social sin precedentes, hasta que otros capitales norteamericanos edificaron otra monoproducción extractiva a partir de la pesca del camarón a fines de la misma década.

Conclusiones

La economía forestal extractiva y dependiente de los centros capitalistas hegemónicos, constituye una expresión del rol histórico que le impusieron al continente americano desde la colonia, como área de extracción y depredación de recursos naturales mediante el trabajo gratuito de indígenas y esclavos africanos, como forma de acumulación originaria para su transformación en capital (Domínguez, 2021: 14-17). Sin embargo, la extracción



de naturalezas y la explotación depredadora del trabajo no constituyeron el punto de partida o sólo una fase en la formación del capitalismo en América, sino parte estructural e integral del socio-metabolismo del capital a escala internacional (Machado, 2015: 153, cit. p. Domínguez, 2021: 16). Es decir, la extracción continuamente expansiva de recursos, más allá de sus niveles biológicos de reproducción, y la explotación del trabajo humano al límite de su subsistencia, para la transformación de ambos en capital creciente, constituyen elementos intrínsecos de la ley del valor y acumulación definida por Marx (Domínguez, 2021: 14). Tal es el contexto histórico en el que debemos entender la economía forestal del sur del estado, así como el empobrecimiento crónico de sus grupos sociales: la depredación de ambos es el alimento del capital.

Bibliografía:

Bocanegra Quiroz, A. (1994). Breve historia de la reforma agraria en Campeche. *Gaceta Universitaria* Nos. 15-16: 12-20.

Castillo Maury, R. (1946). Chicle y maderas en la Península de Yucatán; En: XVII Conferencia de Mesa Redonda. *Problemas fundamentales del estado de Campeche* (pp. 46-87); Campeche: S. Ed.





De La Peña, M. T. (1942). Campeche Económico; T. II. Campeche: Gobierno del Estado.

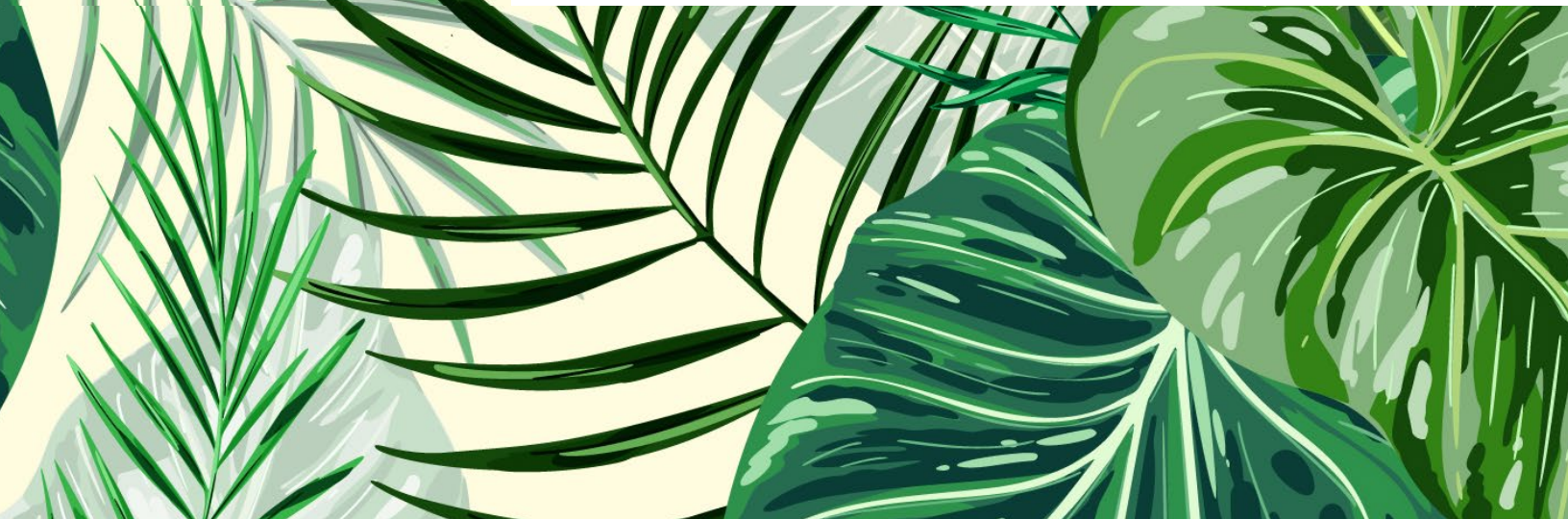
Domínguez Martín, R. (2021). “El extractivismo y sus despliegues conceptuales”, en RTR Revista electrónica No. 4: 1-26 (<https://doi.org/10.29393/rtr4-11EDRD10011>).

Gío Argáez, R. (1996). Campeche y sus recursos naturales; México: Gobierno del Estado de Campeche – SECUD – Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Ortiz, J.D. (1946). Plan de movilización agrícola en el estado de Campeche; en: XVII Conferencia de Mesa Redonda. Problemas fundamentales del estado de Campeche (pp. 46-87); Campeche: S. Ed.

Ramayo Lanz, T. (1993). Estrategia política regional: Campeche y Quintana Roo, 1934-1940; Campeche: Instituto de Cultura.

Uc Valencia, J. (Coord.) (2003). De la revolución a la época moderna, 1911-1961. Enciclopedia Histórica de Campeche T. IV. México: Gobierno del Estado-Miguel Ángel Porrúa.





De fronteras y puertas a la Montaña chiclera al sur de Yucatán


Gilberto Avilez Tax

El siguiente artículo se desprende de una investigación de largo aliento que realicé sobre la villa de Peto¹, un pueblo que pasó por avatares diversos a partir del inicio de la Guerra de Castas, la prolongación de ésta durante más de cincuenta años de la segunda mitad del siglo XIX, y las reconfiguraciones espaciales, territoriales y socioeconómicas ocurridas en una centuria. De ser frente pionero del azúcar, la guerra mermó en todos los sentidos a estos pueblos del sur y solo con el periodo chiclero hubo un cierto despegue económico durante la primera mitad del siglo XX.

En ese sentido, este texto, que se ha escrito basado en fuentes periodísticas, bibliográficas y, primordialmente, en historias orales de viejos chicleiros de la región de Peto, intenta dar una mirada al paisaje chiclero que se presentaba desde esta sureña “puerta a la Montaña chiclera”, muy distinto al paisaje que durante esos años de flujo y reflujo “revolucionario”, se logra observar desde los contrafuertes de la “ciudad letrada” meridana.²

1. Cfr. Avilez, 2015.

2. *Mis críticas a esta historiografía regional que se concentra en las ciudades “centrales” de la península, la he establecido en Avilez (2015, pp. XXVI-XXVIII), donde establezco que el desdén historiográfico meridano por estos “márgenes” territoriales podría, incluso, considerar hasta “descriptivo” y “plano” un análisis salido desde aquellos espacios supuestamente sin relevancia para la gran obra historiográfica regional. Haciendo la crítica a la “institución histórica”, Certeau escribió la correlación de los “espacios muertos de erudición” [en el ejemplo yucateco, las zonas depauperadas de la segunda mitad del XIX como el Partido de Peto, o su secuela durante el periodo del chicle], es decir, “ni los objetivos ni los lugares de la investigación”, con el “enriquecimiento económico” [en este caso, el noroeste henequenero yucateco, un espacio vivo de erudición] que “crea hoy topografías y selecciones históricas” (Certeau, 2010: 78).*



Las primeras noticias del chicle para la villa de Peto las tenemos desde fines del siglo XIX. En 1895, en el otrora Partido de Peto se habían producido 560 arrobas de chicle.³ En años posteriores, esta nueva industria extractiva capitalista, al mismo tiempo que acrecentaría cada vez más la invasión de los montes de los mayas rebeldes con sus contratistas y chicleros en el siglo XX (Ramayo, 2014), modificaría de igual forma la vida cotidiana en este antiguo pueblo de frontera.⁴

Peto fue una de las puertas donde se internaron, al principio por tierra y luego por avionetas del chicle de la Compañía Aérea de Chiapas a partir de 1937, los chicleros que se desperdigarían a lo largo de la “Montaña chiclera”, en esos “montes altos” del oriente y sur de la península de Yucatán. Peto era el último pueblo del sur donde en 1900 había llegado el tren, el mismo que años después serviría para enviar a Progreso y de ahí a Estados Unidos, las marquetas del chicle procesadas en los hatos y centrales chicleras del territorio de Quintana Roo. Nombres como Armando Medina Alonzo, dueño de la hacienda Santa Rosa y posteriormente político encumbrado de Yucatán, o Antonio Baduy Badías (1883-1959), oriundo del Monte Líbano afincado en Peto desde principios del siglo XX y que comenzó de buhonero y luego se hizo socio de “los gringos” para la explotación chiclera, eran vecinos de estos rumbos del sur y fungieron como los personeros de las firmas norteamericanas (Avilez, 2015, p. 561).

La imagen que podemos bosquejar de los chicleros en la villa de Peto, o si se quiere, la imagen que nos logra transmitir la documentación periodística que va de 1925 a 1950, así como las historias orales trabajadas, puede ser la siguiente: cada año, a inicios de mayo y antes de las primeras lluvias, al principio los “tuxpeños” y luego los chicleros de Peto en la década de 1940⁵, y de otros pueblos de

3. *Boletín de Estadística*, 15 de abril de 1895.

4. AGEY, PE, Caja 765, sección Gobernación, serie Correspondencia Local, 1923.

5. La memoria oral de los petuleños cuenta que el impulso para ir a la “chiclería” de los renuentes milperos a dejar su milpa, se debió a una serie de plagas (langosta, lluvias malas, ratones, tres años de sequía) que se presentaron en el pueblo a fines de la década de 1930 y principios de la siguiente. Cfr. Avilez (2015).

la región y los que venían de otros estados de la república, se contrataban en las casas de comercio locales de los contratistas del chicle. Algunos, los mejores chicleros, eran hasta muy solicitados por sus servicios.

Generalmente, estos chicleros en los meses de la “seca” –de febrero a mayo- se contrataban como madereros o cortadores de maderas preciosas para los trabajos del “benque”. Pero, para mayo, la temporada del chicle iniciaba con este “enganche” entre los chicleros y los capataces, que eran los encargados de ver por los intereses de los “patrones” en la montaña chiclera. Antes, a principios de año, los contratistas habían obtenido una concesión federal de las autoridades forestales con un número de hectáreas determinadas para su explotación, y los capataces ya habían llevado a sus “monteros” a la búsqueda de los zapotales, donde el agua y partes secas de terreno no podían faltar: el agua para los trabajos del chicle y para chicleros y bestias; y las partes secas para crear los campamentos móviles. Después, mediante los arrieros, las mulas de carga, las famosas arrias saldrían del pueblo cargadas de latería, maíz y otros implementos, rumbo a las centrales chicleras principales como la Ceiba, Lirios, Central Flores, Poluinkil o Kilómetro 50. Para cuando comenzaron a llegar los aviones de Francisco Sarabia a Peto en 1937, en varias de estas centrales chicleras, hombres emprendedores como Antonio Baduy, Armando Medina o Rafael Sánchez Cervantes, harían pistas de aterrizaje con los dó-

lares del chicle, en plena selva quintanarroense.

Los chicleros, tuxpeños al principio, mayas y mestizos por igual a la vuelta de las décadas, iban a estas casas comerciales y se “contrataban”, es decir, se endeudaban con los “anticipos” de dinero. Y para un día de mediados de mayo o principios de junio, al caer las primeras lluvias, los chicleros, en grupos hasta de 20, emprendían el largo camino guiados por un arriero que conocía todos los vericuetos y laberintos de la Montaña chiclera. Caminaban y se internaban cada vez más a una selva húmeda, penumbrosa, hacia “el corazón de la montaña” (Martínez Huchim, 2013).

En los hatos y las centrales de la Montaña chiclera

¿Y cómo era la Montaña Chiclera que recorrían estos “gambusinos de la selva”? Una imagen aérea de ese territorio selvático fue contemplada en 1950 desde un avión Douglas por un reportero que hizo la ruta desde Mérida hasta Chetumal. A los 30 minutos de vuelo el avión se encontraba sobre Peto y un poco al sur de la villa se contemplaba con claridad la sierra Puuc que venía de Campeche y que servía como un contrafuerte a la feracidad selvática del territorio de Quintana Roo. Aquí, pocos kilómetros al sur de Peto, comenzaba la Montaña: “Volamos ahora sobre regiones boscosas y no se ve, en todo lo que abarca la vista, ningún rastro de vida humana como sembradíos o ranchos, solamente árboles, millones



de árboles” de esa “zona salvaje, explorada únicamente por chicleros y madereros [...]” (Marí, 1950:4).

Y en el suelo, caminando entre los cada vez más corpulentos árboles, estos chicleros –tuxpeños, yucatecos, campechanos, del centro del país, de Guerrero, de Tampico, Michoacán y Tabasco- tal vez vieron a esa selva quintanarroense de bosques todavía vírgenes hasta bien entrado el siglo XX, como lo vieron Sánchez y Toscano en la segunda década de ese siglo: casi vacíos, cruzados sólo por los mayas rebeldes que igual participarían en la

explotación del chicle, y ahora por los chicleros, repleto sus suelos de vahos y fangos por las persistentes lluvias, con pocas claridades solares, “y en donde el murmullo de las hojas agitadas por el viento” producían el efecto de riachuelos (Sánchez y Toscano, 1918:22).

Después de Peto, donde se encontraban las casas comerciales de los contratistas y subcontratistas, la segunda escala de los chicleros eran algunas de las centrales. En ellas, los chicleros llegaban en arrias o posteriormente en aviones. De este segundo punto partirían a montear la selva a la redonda si el capa-

Cuadro 1. Lugares del chicle en la frontera y la Montaña chiclera oriental de la Península (1920-1950)

a) Peto (Lugar de salida por avión y ferrocarril de las marquetas de chicle).
b) Chemax (Lugar de concentración del chicle).
c) Valladolid (Lugar de salida por avión y ferrocarril de las marquetas de chicle).
d) Leona Vicario, antes Santa María. Central chiclera.
e) Álvaro Obregón, el viejo Mengel. Central chiclera.
f) Payo Obispo (Lugar de salida del chicle por vía marítima).
g) Kilómetro 50. Central chiclera, sitio de almacén del chicle de los contratistas afincados en Peto.
h) Felipe Carrillo Puerto. Central chiclera, sitio de concentración para enviar el chicle a Vigía Chico.
i) Vigía Chico (Lugar de salida del chicle por vía marítima).
j) Chacchoben (central chiclera).
k) Nohbec (central chiclera).
l) Puerto Morelos (Lugar de salida del chicle por vía marítima).
m) Cozumel e Isla Mujeres (Lugares de salida final del chicle hacia Estados Unidos).
n) Progreso (Lugar de salida final del chicle hacia Estados Unidos).
o) Los Lirios (central chiclera con pista de avión).
p) Poluinkil (central chiclera con pista de avión).
q) Santa Rosa (Latifundio de concentración del chicle, con pista de avión).
r) Nohsayab (central chiclera con pista de avión).
s) Central Flores (central chiclera con pista de avión).
t) Om (central chiclera con pista de avión).
u) Icaiché (central chiclera con pista de avión).
v) Cobá (central chiclera con pista de avión).
w) Tulum (central chiclera con pista de avión).

Nota. Elaboración propia.

Lugares del chicle en la frontera y la Montaña chiclera oriental de la península (1920-1950).



taz o los monteros no lo hubieran hecho, o serían dirigidos de forma directa a los zapotales que entraban en un radio cercano o lejano de la central chiclera, fuente esta última de víveres y de provisiones para los hatos chicleros.

En un punto entre la central y los zapotales, construirían sus hatos, tercera escala de los chicleros (la última escala serían los troncos y ramas del zapote). ¿Y cómo se hacían estos hatos? Las champas, una especie de *pasel*⁶ de las milpas mayas, eran pequeñas chozas individuales o colectivas plantadas alrededor de las aguadas y eso era, a grandes rasgos, el hato chiclero, el campamento móvil en medio de la selva.

“Como el lejano Oeste”

¿Cuál fue el significado del periodo del chicle en una villa de Peto que durante la segunda mitad del siglo XIX fue considerada como un “di-que” a las arremetidas de los mayas rebeldes, en la Guerra de Castas Prolongada (1850-1901)? Podemos responder que las subidas y bajadas a la montaña chiclera les dio un auge a estos pueblos fronterizos, muy similar a lo que García Márquez (1986) escribe en su libro *La hojarasca*, cuando la fiebre del banano “arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios...Hasta los desperdicios del amor triste de las ciudades nos llegaron en la hojarasca”, como la hojarasca del chicle. Un literato, Ramírez Aznar, en la década de 1940 dio una estampa de ese Peto chiclero:

Peto era como el Lejano Oeste. Alcohol y dinero. Era un centro chiclero. No había carretera. Se llegaba en tren, nada más en tren. Cada veinticuatro horas llegaba con viajeros y dos veces por semana, otro con carga que iba a recoger maíz y algunos productos a Peto. Ahora no va ni uno. Los agricultores se convirtieron en chicleros por el dinero fácil del chicle y abandonaron sus milpas. Cuando bajaban a Peto se emborrachaban en las cantinas, se peleaban a machetazos. Perjudicó mucho el dinero fácil a Peto (Ramírez Aznar, 1997).

En el camino del chicle se formaron varios pueblos de Quintana Roo

Podemos decir que entre 1925 y 1950, aunque la población “campesina” viviendo en la villa de Peto era considerable, mucha de esta tenía

6. El *pasel* es una palabra maya que significa choza, caseta o cobijo rústico de un alero o dos, sirve para refugio temporal.



Trimotor "El Burro" en el campo de aterrizaje –posteriormente, campo Francisco Sarabia- al sur de la Villa de Peto, en 1939. Archivo Fotográfico de Arturo Rodríguez Sabido.

al chicle como su forma permanente de vida. A principios del siglo XX, muchos "tuxpeños" y personas del interior de la república, repoblaron de nuevo los pueblos perdidos cuando la Guerra de Castas, como Dzonotchel, Sacalaca y Sabán. Posterior a 1950, otros chicleros, pero oriundos de Peto y sus pueblos comarcanos, al regresar anualmente a sus lugares de origen por los caminos de la chiclería, en varias ocasiones se encontrarían con un pozo o una aguada, y formarían ahí nuevos centros productivos donde cultivarían la tierra, y sus productos serían vendidos o en Peto, donde tenían sus familias, o transportados en tren rumbo a Mérida. En una década se formaron, en el camino de Peto a Felipe Carrillo Puerto, camino de las antiguas arrias, 20 nuevos núcleos de población como San Felipe Oriente, Barbachano, Kancabchén, Santa Gertrudis, La Presumida, Cafetal y Kilómetro 50 (hoy José María Morelos) (Mendoza, 2013:141). Así como Los Marqueteros, una rancharía fundada por el chiclero petuleño Francisco Poot Aké, o Naranja, población de Quintana Roo fundada debido a una aguada generosa encontrada por chicleros petuleños.

Podemos finalizar esta apretada visión del Peto chiclero citando un poema de la década de 1920, en el que se hace una descripción de la llegada al pueblo de los famosos chicleros que recorrieron toda la Montaña chiclera, y que algunos hasta sirvieron de avanzadas de los arqueólogos al encontrar *mules* en vez de zapotales y guiarlos hacia

ellos.⁷ En 1927, un tal Pablo García Ortiz, firmando desde Peto, escribió un poema a Los chicleros que seguramente observaba cada vez que regresaban de su travesía en la Montaña chiclera. Los chicleros, para García Ortiz, al bajar al pueblo, de “hoscos y agrestes” se transformaban en:

*Selváticos bohemios, al bajar al poblado,
dejan en la taberna, las cartas o en el dado,
lo que el hato produjo con peligro y dolor;
la guitarra es su amiga, el alcohol su consuelo,
y están toda la noche, bajo este hermoso cielo,
repitiendo sus coplas de tristeza y amor...
¡Oídllos qué contentos! Resuenan sus fanfarrias,
mientras descansa lejos, en el corral, las arrias...
(García, 1927).*

Conclusiones

Durante la primera mitad del siglo XX, pero con más énfasis a partir de la Primera Guerra Mundial y hasta el final de la Segunda Guerra, el ruido y furia del chicle se presentaría en la villa de Peto, una de las puertas a la Montaña chiclera al oriente de la península. Al principio, los que iban al chicle eran los famosos tuxpeños, pero luego varios milperos del pueblo, debido a una serie de desastres agrícolas como la langosta de la década de 1940,⁸ comenzarían a internarse a la Montaña chiclera cada año al caer las primeras lluvias.

Considero que un aporte presentado en este breve texto es señalar este tema del chicle, olvidado por la historiografía yucateca, y centrar la narrativa, no en lo que sucedió “en la Montaña chiclera” como frecuentemente se acostumbra, sino en tratar de dibujar una imagen de estos pueblos, antes fronterizos cuando la Guerra de Castas, que se convirtieron en chicleros durante poco más de la primera mitad del siglo XX.

7. Léase el homenaje que Thompson (2012: 55) realizó a los “célebres chicleros” que “empezaban a desaparecer de los bosques” en 1950 debido al invento de la goma sintética, y que eran de invaluable ayuda para el arqueólogo.

8. La langosta de finales de 1930 y principios de 1940 había causado muchos estragos en los pueblos de Yucatán. Para septiembre de 1941, el pueblo de Xcanteil había sido abandonado por los estragos de la langosta. RAN, Carpeta Ampliación (Inejecución), poblado Xcanteil, expediente 25/169, f. 22.



Arrieros de la región del KM 50, donde tenían sus almacenes Antonio Baduy y Roberto Vidal. Circa, 1940. Archivo Fotográfico de Antonio Blanco.

Bibliografía

AGEY, PE, Caja 765, sección Gobernación, serie Correspondencia Local, 1923.

Avilez Tax, G. (2015). Paisajes rurales de los hombres de las fronteras: Peto (1840-1940). Tesis que para optar al grado de Doctor en Historia. México, CIESAS.

Certeau, M. (2010). La escritura de la historia. Traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana.

García Márquez, G. (1986). La hojarasca. México: Editorial Diana.

Marí Pulido, S. (1950). El Territorio de Quintana Roo. Impresiones de un viaje (folleto). Mérida: Yikal Mayathan.

Martínez Huchim, A. (2013). Recuerdos del corazón de la montaña. Mérida: Sedeculta.

Mendoza Ramírez, M. (2013). "En busca de tierra. La migración

de mayas yucatecos a tierras quintanarroenses, 1940-1980", en Jesús J. Lizama Quijano (coordinador), Entre irse y quedarse...Estructura agraria y migraciones internas en la Península de Yucatán, Mérida, Editorial Letra Antigua, pp. 123-152.

García Ortiz, P. "Los chicleros". Diario de Yucatán. 27 de septiembre de 1927.

Ramayo Lanz, T. (2014). Política, economía chiclera y territorio: Quintana Roo 1917-1949. Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán.

Ramírez Aznar, L. (1997). Incidentes de un viajero yucateco. México, D.F: Paper, Pencil e ideas, S.A. de C. V.

RAN, Carpeta Ampliación (Inejecución), poblado Xcan-teil, expediente 25/169, f. 22.

Rosado Vega, Luis. (1940). Un pueblo y un hombre. México. Mijares y hno.

Sánchez, P., y S. Toscano. (1918). Informe Rendido por la Comisión Geográfica exploradora en Quintana Roo al C. Secretario de Fomento. México: Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento.

Thompson, J. E.S. (2012). Grandeza y decadencia de los mayas, México: FCE.

Campeche imaginada. Investigación y divulgación

Pedro Luengo Gutiérrez

El recinto amurallado de Campeche, junto con los sitios arqueológicos de Calakmul y Edzná, es considerado uno de los principales atractivos turísticos de la zona, según TripAdvisor. Igualmente resulta un elemento de identidad para la población local, siendo un monumento recurrente en las discusiones de grupos y páginas de Facebook como “Recordar es vivir: Campeche su historia” (19.000 miembros) o “Campecheantiguo” (13.000 seguidores). Similar atención ha recibido por parte de los investigadores (Moncada Maya, 1993; Ortiz Lanz, 1996; Victoria Ojeda, 2000 y 2019; Antochiw, 2007; Cejudo Collera, 2019; Hernández Avilés, 2020), quienes en las últimas décadas han revisado los trabajos de Calderón Quijano (1968) gracias al apoyo editorial del gobierno regional y del INAH. Además de aportar nuevas fuentes documentales e interpretaciones, estos trabajos llevados a cabo por especialistas mexicanos han permitido conectar el conocimiento local con lo expresado en los informes históricos conservados en archivos españoles. Tal avance en el conocimiento del monumento no parece haber trascendido notablemente a la percepción general de los visitantes y de la población regional, que sigue interpretándolo solo como una herramienta de defensa ante los piratas, cuando ya se han propuesto otras perspectivas más ricas. Esto hace pensar que los esfuerzos de investigación presentes y futuros deberían establecer cauces de divulgación, así como medios de evaluación de su impacto, y para ello parece necesario identificar cuestiones relevantes para las sociedades presentes con argumentos históricos de carácter científico.

Como una respuesta preliminar a este reto, un equipo multidiscipli-

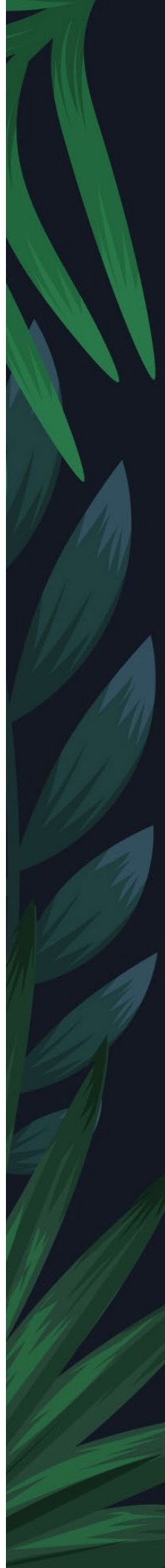
nar decidió plantear una serie de tareas de investigación y posterior presentación en forma de exposición y catálogo bajo el título Campeche imaginada, muestra instalada en el Museo de Arquitectura Maya Baluarte de la Soledad entre el 18 de mayo y el 30 de septiembre de 2023. El título se justifica ya que el puerto mexicano se caracteriza por haber sido un enclave poco conocido, aunque razonablemente representado, por las autoridades hispánicas en la metrópoli. Las propuestas remitidas por los ingenieros militares fueron en muchos casos poco precisas e incluso fantasiosas ante su posterior plasmación real, lo que dificultaba una comprensión y evaluación de las obras desde la corte. Esto llevó a que su defensa se imaginó de formas variadas y la realidad obligó a otras posturas más pragmáticas, pero a veces menos presentes en la documentación.

Esta iniciativa académica partió de la colaboración de dos proyectos de investigación: “El legado técnico constructivo de los ingenieros militares a la arquitectura de la Nueva España en el siglo XVIII” (PA-PIIT; IN402321), financiado por la UNAM y liderado por la Dra. Mónica Cejudo Colera; y “Arquitecturas del poder, emulación y pervivencias en América y el Sudeste asiático (1746-1808)” (PID2021-122170NB-I00), concedido por el gobierno español y coordinado por quien suscribe. Ambos proyectos cuentan con una trayectoria previa de colaboración, beneficiándose de su amplia diversidad de perfiles técnicos, contando desde

historiadores hasta arquitectos o ingenieros; así como de la doble perspectiva de especialistas mexicanos y españoles.

En el caso concreto de Campeche, parecía necesario realizar un compendio actualizado de la planimetría histórica de época virreinal identificada. Aunque mayoritariamente conocida por los especialistas, la dificultad de acceso a algunas publicaciones o la dispersión de fuentes en diferentes archivos requerían de una presentación accesible para un público más amplio. A esto había que unir algunas fuentes inéditas que debían analizarse dentro del corpus general. Partiendo de un renovado soporte gráfico, era necesario revisar la amplia documentación escrita disponible en diversos archivos. Por último, cabe mencionar que en los últimos años se vienen publicando diferentes estudios que han avanzado notablemente el conocimiento sobre la fortificación del Caribe en los siglos XVIII y XIX (Morales, 2019; Cruz Freire et. al., 2020), lo que unido a las fuentes identificadas permitía algunas reinterpretaciones y conexiones con un ámbito geográfico más amplio.

Aunque se entiende que estas iniciativas han contribuido a mantener la discusión histórica y arquitectónica sobre el monumento, las tareas no deberían finalizar aquí. A pesar del esfuerzo en localización de fuentes inéditas, resulta sorprendente la escasez de documentos identificados conservados en el Archivo General de la Nación. Segura-



mente las investigaciones futuras aporten nuevas visiones desde la información conservada en este repositorio. Igualmente, relevante parece calibrar el grado de asimilación social de estos avances históricos. Reforzar los discursos sobre la participación nativa en la construcción, conectar el modo de ocupación urbana con las particularidades del terreno, o reflexionar sobre las consecuencias negativas de algunas intervenciones sobre el patrimonio, parecen discusiones relevantes.

Reforzar científicamente la interpretación histórica del recinto amurallado y el resto del sistema defensivo virreinal ocupó una primera fase de trabajos de este equipo hispano-mexicano, pero el monumento debe explicarse en una dimensión temporal mayor que incluye los siglos XIX, XX y XXI, y por tanto sus demoliciones, restauraciones y resignificaciones. Aquí el protagonismo de la interpretación histórica se equilibra con la perspectiva de la arquitectura y la restauración. De hecho, la continuación del estudio hacia el siglo XXI ha permitido demostrar el papel protagonista que han tenido las murallas de Campeche en diferentes planes urbanísticos, incluso por encima de otro tipo de arquitectura civil. A pesar de que en los años sesenta las murallas fueron parcialmente destruidas en favor de un desarrollismo con paralelos en otras ciudades, en las mismas fechas se iniciaban las primeras reparaciones, ya con fines más turísticos o monumentales que defensivos. Aunque contemporáneos de

la Carta de Venecia (1964), es necesario entender esas intervenciones no con la teoría de la restauración implantada paulatinamente tras ese texto, sino con los criterios propios de ese momento en México, como se explica en el catálogo. Poco después, en 1986, se optaría por la creación de la zona de monumentos históricos que apuntaba al carácter singular del patrimonio militar de la ciudad. Consecuencia de ello sería primero el Programa Parcial de Conservación del Centro Histórico, y ya en 1999, la declaración como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. También resultado de estas iniciativas cabe mencionar la restauración de las murallas en 2012.

Este reconocimiento internacional de Campeche se basa en los valores del centro histórico de la ciudad como parte de un sistema de fortificación regional. La conciencia de la fortificación como un complejo arquitectónico integrado con el paisaje, justificó que se celebrara allí un encuentro científico en 2004 que abordaría la realidad caribeña. En estas casi dos décadas, se han ampliado las declaraciones de fortificaciones del Caribe (Bridgetown en 2011 o Antigua en 2016), mientras algunas siguen en su lista tentativa (Fort Shirley, Dominica). Otras como Veracruz, Puerto España, o cualquiera de los casos venezolanos, por diferentes motivos siguen sin esta distinción. En paralelo con estos esfuerzos, colaboraciones internacionales como la que sustenta este trabajo llevan más de una década esforzándose en ofrecer una visión





científica renovada del patrimonio militar caribeño del periodo virreinal. Parece deseable que Campeche, una segunda vez, sirva de promotora para aunar esfuerzos por conocer y proteger este patrimonio de una forma coordinada. Esto no solo afectaría a su dimensión internacional, sino también a la notable riqueza que en este sentido atesora México. Al sistema regional que representa Campeche habría que unir los de Veracruz, el Camino Real con Perote, Acapulco, e incluso la frontera norte. Probablemente, las novedades científicas que se van alcanzando requerirían de la creación de planes directores coordinados que potenciaran las actividades de todos estos monumentos, sin detrimento de otras iniciativas particulares.

Este trabajo académico justificaba la publicación de un estudio que estará disponible para su libre consulta en la red, pero su recepción social quedaría comprometida inicialmente ya que los círculos en los que se mueven estas publicaciones suelen ser restringidos. Por ello, se consideró preferible comenzar con el diseño de una pequeña muestra con reproducciones de la planimetría menos conocida o más significativa, así como con una serie de conferencias impartidas por los autores de los estudios, bajo el título "Campeche virreinal, ciudad imaginada". Estas iniciativas acercarían algunas de las conclusiones al público en general, alentando una posterior consulta del catálogo en abierto, tras su debida presentación en los mencionados grupos de Facebook.

Referencias

Antochiw, M. (2007). Las primeras fortificaciones de la villa y puerto de San Francisco de Campeche. Campeche: Gobierno del Estado de Campeche.

Calderón Quijano, J. A. (1968). Las murallas de Campeche. Campeche: Gobierno del Estado.

Cejudo Collera, M. (2019). "Rafael Llobet y la terminación del sistema defensivo de la ciudad de Campeche". En Del Cueto Ruiz-Fuentes, Juan Ignacio; Méndez Pineda, Valeria M. y Huerta, Santiago (coord.). III Congreso Internacional Hispanoamericano de Historia de la Construcción. México: UNAM, Facultad de Arquitectura/ Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, Instituto Juan de Herrera/ Sociedad Española de Historia de la Construcción/ Universidad Politécnica de Madrid, vol. I, pp. 175-186.

Cruz Freire, P.; Gámez Casado, M.; López Hernández, I. J.; Luengo, P.; Morales, A. J., (2020). Estrategia y propaganda. Arquitectura militar en el Caribe (1689-1748). Roma: "L'Erma" di Bretschneider.

Hernández Avilés, Aline (2020). Las transformaciones arquitectónicas y urbanas del patrimonio edificado en las ciudades costeras: el proceso integral de análisis en San Francisco de Campeche, México, siglos XX y XXI. Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México.

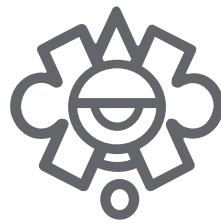
Moncada Maya, J. O. (1993). Ingenieros militares en Nueva España. Inventario de su labor científica y espacial. Siglos XVI a XVIII. México: Instituto de Geografía, UNAM.

Morales, Alfredo J. (2019). "Los ingenieros y la defensa de la América hispana". En: Colomar Albájar, María Antonio y Sánchez de Mora y Andrés, Ignacio (coord). Cuatro siglos de ingeniería española en Ultramar. Siglos XVI-XIX. Sevilla: ASICA-Ministerio de Cultura y Deporte, pp. 206-223.

Ortiz Lanz, J. E. (1996). Piedras ante el mar: las fortificaciones de Campeche. Campeche: Gobierno del Estado de Campeche.

Victoria Ojeda, J., (2000). El emplazamiento arquitectónico defensivo en el Campeche colonial. Campeche: Conaculta.

Victoria Ojeda, J. (2019). "El sistema de seguridad construido por el Imperio español en la península de Yucatán". En: González Aguayo, Leopoldo Augusto; Velasco Molina, Mónica (coord.). La talasopolítica mexicana. México: UNAM, 2019, pp. 123-138.



**Centro INAH
Campeche**

Revista trimestral del Centro INAH Campeche

Año 9

Número 36

Junio 2023



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

